

Los niños del Cordobazo

González, Juan Ignacio.

Editorial Espartaco Córdoba.

Córdoba, noviembre de 2009, 264 páginas

Por Pablo Augusto Bonavena

Hay un gran consenso entre analistas e investigadores de diferentes orientaciones teóricas y políticas para caracterizar al año 1969 como un hito de gran trascendencia en nuestra historia reciente. En efecto, a partir de los grandes hechos de masas de ese año (correntinazo, rosariazo, cordobazo, cañadazo, rosariazo) protagonizados centralmente por el movimiento obrero y estudiantil, se inició un proceso de ascenso de la conflictividad social que puso en jaque no sólo a la dictadura (la Revolución Argentina) sino que alarmó al conjunto de la burguesía local. Las secuelas de esos combates callejeros de masas tendrían gran trascendencia social y política. Entre el estudiantado estos sucesos promovieron una sostenida recomposición del movimiento estudiantil, que luego de la tenaz lucha contra la intervención a las universidades nacionales en 1966 a partir del decreto 16.912, había sufrido un notable retraimiento. Si bien encontramos señales de esa recuperación en mayo y junio del '68, especialmente en torno al lanzamiento de la CGT de los Argentinos y del cincuenta aniversario de la Reforma de 1918, fue con el cordobazo que se dio un salto cualitativo.

El movimiento estudiantil universitario creció de manera sostenida y fue notable su politización; el mismo fenómeno, obviamente en otra escala, se vivió entre los estudiantes secundarios pero con una peculiaridad. Si bien su desarrollo fue mucho más acotado, demostró una propensión a





la radicalidad mayor que la de sus pares universitarios. No obstante, varios temas ideológicos y alineamientos políticos acercaron a estudiantes universitarios y secundarios, pero fue la lucha contra los obstáculos para entrar a la universidad, impuestas por los exámenes de ingreso, un punto común de encuentro, de composición de fuerzas y de mutua potenciación. Los combates contra el "limitacionismo", así denominaban los estudiantes las trabas para acceder a los estudios superiores, comenzaron a unir los movimientos estudiantiles de los diferentes niveles educativos a principios del '69. Desde allí, y hasta la asunción de Cámpora al gobierno, todos los inicios de año fueron momentos de grandes enfrentamientos contra la política restrictiva de la dictadura. Sería precisamente durante el gobierno camporista el momento en que el movimiento estudiantil secundario lograría su máximo desarrollo, en el marco de las famosas tomas en junio de 1973, especialmente en Rosario y Mendoza. En la ciudad santafecina, por ejemplo, los estudiantes llegaron a ocupar todos los establecimientos, tantos los estatales como los privados, incluidos los católicos.

En el período abierto en el '69, insisto, se potenciaron las experiencias preexistentes y nacieron varias nuevas agrupaciones. Algunas de ellas fueron promovidas por los partidos políticos de izquierda o revolucionarios, otras expresaban un proceso más puro de auto-organización del estudiantado, con independencia de las organizaciones políticas. Un par de agrupamientos de este perfil, en Buenos Aires y Rosario, incluso ensayaron practicar la lucha armada con independencia de las guerrillas o tutela de mayores.

Dentro de este proceso, es acertado denominar al nuevo activismo estudiantil secundario los "niños del cordobazo", tal como propone el

libro de Juan Ignacio González; también podrían denominarse los “hijos del cordobazo”. La obra documenta muy bien el impacto de tal acontecimiento y sus proyecciones entre el alumnado de los colegios, procurando recuperar el “compromiso adolescente” de quienes fundaron una agrupación con ese perfil autónomo entre los estudiantes secundarios de Córdoba: la Línea de Acción Revolucionaria (LAR).

El objetivo del libro es “retratar” esta experiencia brindándole la palabra a quienes la forjaron. La obra está dividida en dos partes que tienen en común su estructuración en torno a testimonios de protagonistas de aquella organización con disímiles niveles de compromiso, obtenidos a través de “entrevistas de corte antropológico”, según las propias palabras del autor.

Con el correr de las páginas nos vamos enterando de que la cuna de la LAR fue el Colegio Monserrat para expandir luego su presencia e influencia, principalmente, a los colegios Carbó, Manuel Belgrano, Dean Funes y varios establecimientos nocturnos, incluso llegó hasta la universidad. Se detallan, además, diferentes aspectos de la vida de esta agrupación.

La LAR desde su origen le asignó un lugar fundamental al estudio grupal, actividad que replicaría de manera sistemática. Las lecturas más habituales, entre otras, eran el Manifiesto Comunista, el Qué hacer de Lenin, materiales sobre la Revolución Cubana, escritos del Che Guevara, libros de Marta Harneker, Karl Marx y Mao Tse Tung. La formación política era una verdadera meta estratégica. Se definía como una agrupación socialista, marxista-leninista y antiimperialista. Impugnaba las concepciones políticas que planteaban la alianza de clases y, por ende, rechazaban al peronismo. No desdeñaban la lucha





armada, pero no era su objetivo practicarla. Reivindicaba la violencia popular pero su ejercicio se limitaba al uso de bombas molotov que tiraban contra la calzada para detener el tránsito y llamar la atención de los transeúntes, procurando no generar daños materiales ni lastimar personas. Entre su repertorio de prácticas desarrolló habilidades para efectuar actos relámpagos simultáneos en diferentes lugares de la ciudad, acciones sorpresivas de pocos militantes para repartir volantes, gritar consignas y generar una sensación de vulnerabilidad, un “clima de guerra civil”, según los dichos de uno de sus protagonistas.

Son muchas las vivencias que van rescatando los testimonios para ir conformando una reconstrucción de la historia de la LAR con datos, recuerdos, anécdotas, que se vuelve tanto un aporte fundamental para entender el período abordado en el trabajo, que cubre del año 1969 a 1973, como para conocer el poco estudiado movimiento estudiantil secundario de aquella etapa. Es particularmente interesante, además, prestar atención a los detalles que brindan los militantes y simpatizantes del la LAR respecto a los vínculos con el movimiento obrero, su participación en el “viborazo, la relación con otras organizaciones del estudiantado, las formas de lucha que desplegaban, etc. Finalmente, quiero resaltar la problemática de la infiltración en la organización y sus efectos, como la “redada de invierno”, en julio de 1972, que significó un duro golpe para la agrupación. A partir del ´73 los militantes de la LAR fueron tomando diferentes rumbos políticos, pero dejaron tras de sí una experiencia digna de ser considerada, una trayectoria que no merece ser olvidada. La lectura del libro realmente vale la pena porque logra recrearla con eficacia.